

INTRODUCCIÓN: LA NUEVA IZQUIERDA ESTADOUNIDENSE

En el apogeo de Occupy Wall Street en 2011, pocos habrían adivinado que el próximo destino de la nueva izquierda emergente en Estados Unidos serían los Democratic Socialists of America (DSA). Los aproximadamente seis mil miembros de la organización, formada en 1982, pasaron las tres siguientes décadas como un grupo marginal de izquierda dentro de un Partido Demócrata financiado por Wall Street, Hollywood y Silicon Valley, que, una vez en el poder, aceleró la puesta en práctica del Tratado de Libre Comercio de América del Norte, puso en marcha programas de vigilancia y coacción sobre los parados a cambio de los subsidios sociales y de desempleo, desreguló los bancos, mimó a los gigantes de la tecnología, lanzó oleada tras otra de ataques militares en el Gran Oriente Próximo y expandió la vigilancia estatal y la guerra con drones. La estrategia de «realineamiento» favorecida por el líder del DSA Michael Harrington y sus colegas no tuvo un impacto perceptible en la realidad política. Al igual que el medio progresista más amplio dentro de la «gran carpa» demócrata, respaldó a los candidatos favorables a la guerra y a las empresas, como John Kerry, una vez que habían obtenido la nominación oficial. El grupo logró perpetuarse a lo largo del tiempo, pero poco más. Desde 2016, una nueva generación de jóvenes estadounidenses radicalizados, alentados por la campaña de Sanders y Black Lives Matter y repudiados por Trump, acudieron en tropel para unirse al DSA, que ahora cuenta con unos sesenta mil miembros, con agrupaciones en todos menos uno de los cincuenta estados, desde Anchorage a Fort Lauderdale, desde Honolulu a Cape Cod. El nuevo DSA, aproximadamente del mismo tamaño que Momentum en el Reino Unido, es notablemente más radical y dinámico, y muchos de sus miembros están ansiosos por construir una organización más allá del oscuro planeta del Partido Demócrata, iniciativa que sería impensable ahora para Momentum en Reino Unido. En la actualidad, ambos movimientos se enfrentan al dilema de operar en un espacio político determinado en gran medida por estructuras e ideologías caracterizadas por la adhesión a formas nacional-constitucionales arcaicas y no democráticas, que se muestran provincianamente miopes frente a las políticas neoimperiales en el exterior e incapaces de romper definitivamente con la experiencia de Blair y Brown, Clinton, Obama y Biden, es decir, que son ajenas, si no activamente antagónicas, a una izquierda independiente y original. Las siguientes exposiciones, presentadas en el Center for Social Theory and Comparative History de la UCLA en marzo de 2019, no rompen con estos tabúes, pero los cinco miembros del DSA, todos de agrupaciones californianas, y que representan toda una variedad de posiciones, desde el

electoralismo neokautskiano hasta la construcción de partidos libertarios, ofrecen una imagen viva de los debates que agitan la base del grupo. ¿Cómo convertirá el DSA a sus partidarios recién incorporados en organizadores políticos? ¿En qué campos de actividad debería concentrar sus recursos (aún muy limitados)? Lo más apremiante es cómo deberá relacionarse con la campaña de Sanders en 2020 y con el Partido Demócrata en general. ¿Se puede conciliar el objetivo a largo plazo de construir un partido independiente de la clase trabajadora con la práctica actual del DSA de presentar candidatos en las urnas demócratas? La forma en que se aborden estas cuestiones ayudará a determinar si el crecimiento del DSA desde 2016 supone una semilla para un resurgimiento socialista duradero en el país capitalista más poderoso del mundo.

JEREMY GONG

La Nueva Izquierda Estadounidense —1

Elecciones, votos y lucha de clases

EN 2016 LA CAMPAÑA de Bernie Sanders reintrodujo la idea del socialismo en el centro de la política estadounidense. La dirección del Partido Demócrata la sofocó y presentó a Clinton como única alternativa a una agenda de extrema derecha. Después de la elección de Trump y el consiguiente descrédito de la dirección del Partido, muchos se volvieron hacia el socialismo democrático. Cincuenta mil personas, en su mayoría jóvenes, se han unido a los Democratic Socialists of America (DSA). Pero cuanto más madura el DSA, más desafiantes son las cuestiones estratégicas que afrontamos. Me concentraré principalmente en el papel de las elecciones para nuestro movimiento: a pesar de los peligros de electoralismo, un enfoque de lucha de clases en las elecciones y cargos electos es un elemento esencial del trabajo del DSA en la actualidad.

Los socialistas estamos tratando de lograr la cosa más difícil que los seres humanos han intentado: la transformación consciente de un orden social en otro llevada a cabo por la mayoría de la sociedad y en su propio interés. Los capitalistas tienen poderes increíbles para mantener el *statu quo* y a menos que los trabajadores estén organizados, tienen muy poco poder. Pero la organización es difícil y muchas veces termina en fracaso. Hasta los momentos más críticos de la lucha de clases, como las décadas de 1930 y 1940 en Estados Unidos, han sido fugaces. Las organizaciones y la conciencia de la clase trabajadora se disipan después de grandes derrotas, o son cooptadas por el Partido Demócrata; los trabajadores se ven divididos por el racismo, el sexismo y otras ideologías reaccionarias; las generaciones veteranas de organizadores militantes han muerto. Sin embargo, solo los socialistas organizados pueden consolidar los logros

de la lucha de clases, asimilar las lecciones de la clase obrera internacional y llevarlas a una nueva generación. No podemos elegir simplemente a los socialistas para el cargo, para que legislen el socialismo desde arriba. Bajo el capitalismo el Estado no es una herramienta neutral; sus legisladores y administradores están bajo una presión inmensa para promover una agenda proempresarial y para bloquear o diluir las reformas progresistas. El control de los capitalistas sobre las decisiones de inversión les otorga un poder estructural indirecto sobre las decisiones de los funcionarios públicos electos. En segundo lugar, aunque la redistribución de los recursos requerirá una agenda legislativa ambiciosa, el poder para lograr y defender esos beneficios dependerá principalmente de los trabajadores organizados y de su capacidad para movilizar una base social de masas.

Dicho esto, los últimos tres años han demostrado el poder de las elecciones y de los socialistas elegidos para promover ideas socialistas e inducir a los propios trabajadores a organizarse. Para entender por qué, primero debemos apreciar hasta qué punto ha caído el nivel de organización y conciencia de la clase trabajadora durante los últimos cuarenta años. Mientras que en el apogeo de la lucha de clases durante las décadas de 1930 y 1940 millones de personas participaban en huelgas cada año, en 2017 tan solo veinticinco mil trabajadores participaron en grandes paros laborales. El asalto neoliberal contra los sindicatos y la izquierda prácticamente borró la política de clase del léxico político estadounidense. Esto pone hoy en día a los socialistas en una coyuntura estratégica muy diferente de la de mediados del siglo XX, cuando los líderes socialdemócratas europeos y el gobierno de Roosevelt en Estados Unidos se dispusieron a canalizar los altos niveles de militancia de la clase trabajadora, representados por huelgas de masas y una agitación social general, hacia regímenes de negociación colectiva más fáciles de contener.

En el contexto actual, la campaña de Sanders ha supuesto un esfuerzo por elevar la conciencia política y la actividad de millones de trabajadores. A pesar de que su plataforma podría ser en gran medida indistinguible de las de los socialdemócratas del siglo XX, desempeña un papel diferente, que Bhaskar Sunkara ha denominado «socialdemocracia de lucha de clases». Junto con Alexandria Ocasio-Cortez y Rashida Tlaib, Sanders representa un planteamiento de la política electoral que puede ayudar a avanzar la causa socialista. En primer lugar, al obtener el cargo y hacer campaña por una agenda legislativa radical, estos socialdemócratas de la lucha de clases han dado a la gente la sensación de que hay posibilidades más allá de los límites del neoliberalismo y la austeridad. Están contribuyendo a elevar las

expectativas de la clase trabajadora, en lugar de reducirlas como hicieron los socialdemócratas del siglo XX. Sanders y otros han inspirado a multitud de personas a interesarse por primera vez por la política. El ejemplo más claro de esto es el impulso de Ocasio-Cortez para popularizar el *Green New Deal*. Como nueva congresista socialista, Ocasio-Cortez pudo asociarse con jóvenes activistas y poner en el centro de la atención nacional una posible solución de clase a la crisis climática, algo que los activistas del clima no habían podido hacer durante años.

En segundo lugar, esta politización se basa en un proceso continuo de educación política. Sanders señala regularmente que los multimillonarios como Jeff Bezos tienen la culpa de la pobreza, la falta de vivienda y la destrucción ecológica. Exhibe una postura clara contra el racismo y el sexismo de los republicanos, instando a los trabajadores a reconocer sus intereses compartidos en contra de los de la elite empresarial y sus políticos. Sanders y Ocasio-Cortez han dejado claro que sin un movimiento masivo de «la gente contra el dinero», fuera de los pasillos del poder, su programa de reformas será inalcanzable, alentando a una nueva generación a participar en la política y el activismo. En tercer lugar, al apuntar a los multimillonarios y corporaciones, Sanders y Ocasio-Cortez han erosionado la legitimidad del Partido Demócrata respaldado por las empresas. Esto no quiere decir que yo esté de acuerdo con su orientación hacia los Demócratas: ambos parecen empeñados en reformar o realinear al Partido, en lugar de diseñar una ruptura con él. Sin embargo, al elevar la conciencia de clase, incorporar una nueva generación de trabajadores al activismo político y popularizar políticas antiempresariales como el *Green New Deal*, los socialdemócratas de la lucha de clases han comenzado a resaltar las contradicciones del PD, al tiempo que crean un espacio político viable fuera y a la izquierda del mismo. Finalmente, al reintroducir la idea del socialismo en el pensamiento dominante estadounidense, Sanders ha alentado a un subconjunto de esas capas recientemente politizadas a desarrollar ideas explícitamente anticapitalistas. Los jóvenes se están radicalizando, uniéndose a organizaciones como el DSA, aprendiendo sobre el movimiento obrero y obteniendo empleos en sectores estratégicos como la enseñanza, la enfermería y la logística, como parte de una estrategia más amplia de base para volver a prender la militancia de la clase trabajadora desde abajo.

Dos ejemplos recientes ilustran formas en que un planteamiento de lucha de clases en las elecciones puede fortalecer a ambos y no oponerse a la organización de movimientos sociales fuera del Estado. En Virginia

Occidental, los maestros que se convertirían en los principales organizadores de las huelgas de la educación pública de 2018 decidieron unirse al DSA gracias en parte a su trabajo durante la campaña de Sanders en 2016. Fue durante su candidatura a la nominación demócrata cuando esos activistas desarrollaron las habilidades y las redes que ayudaron a Sanders a difundir las mismas ideas que sostendrían la huelga de los docentes: la solidaridad de la clase trabajadora, la redistribución de los beneficios de las grandes empresas y los ultrarricos en beneficio de la mayoría, la necesidad de construir el movimiento desde abajo. Los maestros y miembros del DSA que ayudaron a liderar la huelga popularizaron el llamamiento a financiar las demandas de los docentes mediante un impuesto a los ricos y a las compañías petrolíferas, en contra de la insistencia de los sindicatos en que la cámara estatal debía pagarlas con recortes en otros servicios.

En California, el DSA de East Bay desempeñó un papel importante en el apoyo a la huelga de maestros de Oakland. Nuestra agrupación del DSA allí tenía dos dispositivos importantes que ofrecer. Uno era un grupo de maestros de Oakland que también eran socialistas y miembros del DSA, la mayoría de ellos nuevos en la izquierda en los últimos años. Estos maestros, apoyados por la impresionante red de activistas sindicales experimentados del DSA, se convirtieron en excelentes organizadores durante la huelga. La agrupación también pudo movilizar a cientos de sus miembros para apoyar la huelga de múltiples maneras: alimentando a miles de estudiantes que dependían de almuerzos escolares gratuitos o de coste reducido, de manera que no tuvieran que atravesar los piquetes; apoyando a los piquetes directamente; produciendo propaganda en apoyo de la huelga, incluyendo nuestra propia publicación, *Majority*. Nada de esto habría sido posible si la agrupación de East Bay no hubiera desarrollado sus habilidades y redes en el transcurso de una lucha electoral de un año de duración en apoyo de la Proposición 10 y de nuestra candidata local de lucha de clases, Jovanka Beckles, para la Asamblea Estatal.

En conclusión: es evidente que Sanders y Ocasio-Cortez no son socialistas revolucionarios, ni rinden cuentas ante el DSA, pero están ayudando a desbrozar el terreno para el movimiento socialista. Al participar en la campaña en favor de Sanders para 2020, el DSA puede construir su propia capacidad independiente para librar la lucha de clases, al tiempo que lleva su política a millones de trabajadores. A medio plazo, esto prepara el escenario para un resurgimiento de la resistencia de la clase trabajadora, mientras que las ideas socialistas arraigan cada vez más en las luchas reales.

SARAH MASON

La Nueva Izquierda Estadounidense —2

Desafiando al capital

EL CRECIMIENTO EXPLOSIVO del DSA es un acontecimiento extraordinario. En Estados Unidos no se ha visto una organización socialista de ese tamaño desde el Partido Comunista de la década de 1940, y quizá ninguna tan dinámica desde el Partido Socialista de Debs a principios del siglo XX. Actualmente estamos experimentando la mayor oleada de huelgas en más de una generación; entre los menores de 35 años, el socialismo cuenta con más partidarios que el capitalismo; y el político más popular en Estados Unidos se identifica sin ambages como un socialista democrático. En un momento tan cargado de potencial radical, resulta tanto más imperativo que evaluemos sobriamente las diferencias existentes en el seno del DSA sobre dónde asignar nuestros recursos y qué tipos de actividad política harán avanzar de manera más eficaz nuestros objetivos. Al concentrarnos en nuestra relación con la estrategia electoral, Sanders y el Partido Demócrata, podremos analizar una tensión emergente, aunque productiva, dentro del DSA, en torno a la pregunta: ¿qué forma o modo de política es el más adecuado para desarrollar y equipar a la clase trabajadora con el poder que necesita para desafiar el dominio del capital?

En respuesta a esta pregunta, una tendencia dominante en el grupo, configurada por el éxito de Sanders en 2016, sigue convencida de que los políticos socialistas populares son el único vehículo viable a través del cual se puede organizar el poder de la clase trabajadora y materializar un programa socialista. No estoy de acuerdo con esta posición, y quiero reflexionar sobre este desacuerdo analizando el reciente debate sobre el respaldo del DSA a Sanders y algunas de las actividades prácticas en las que las agrupaciones del DSA en California han participado durante el año pasado.

Como punto de partida, consideremos la declaración de Ella Mahony, miembro del Comité Político Nacional, en su reciente debate con Dan La Botz en *New Politics*. Apoyando el respaldo del DSA a Sanders, Mahony escribe:

Participando en el movimiento Bernie podemos multiplicar nuestras fuerzas, encontrarnos y construir relaciones con gente que puede presentarse como candidatos socialistas a todos los niveles, conectarnos con los trabajadores a favor de Bernie, trabajar para superar la separación entre los trabajadores y los socialistas, y transformar el DSA en algo arraigado en barrios y lugares de trabajo de todo tipo¹.

A primera vista, ¿quién podría estar en desacuerdo, quién no querría un mundo donde la política socialista esté presente en todos los barrios y lugares de trabajo? Sin embargo, el problema está en pensar cómo una forma de actividad –la organización electoral en torno a Sanders– se traduce en el tipo de organización militante de masas que imaginamos. A menudo se argumenta que Sanders proporciona una plataforma para el tipo de políticas que constituirían el mínimo de cualquier programa socialista, llevando un mensaje de lucha de clases a todas las audiencias. A partir de ello, los trabajadores comprenderán sus condiciones reales y podrán comenzar a contraatacar en consecuencia. Según esa lógica, los millones de personas que votaron por Bernie Sanders ya constituyen la base de una alternativa socialista emergente. Pero, ¿cómo se organizan esos millones de una forma que no sea una demostración fugaz de su poder conjunto el día de las elecciones?

La organización electoral como modo primario de política es incapaz de construir el tipo de poder requerido para desnivelar fundamentalmente el equilibrio de fuerzas de la clase capitalista global. Eso no significa que no debamos votar, presentar candidatos o presionar por una reforma legislativa, ni tampoco significa que no debamos respaldar a Sanders. Pero sí significa que deberíamos tener una comprensión clara de hasta dónde pueden llevarnos esas actividades. Para dar un ejemplo concreto. Sanders obtuvo mucho crédito el año pasado al obligar a Amazon a aumentar su salario mínimo a 15 \$ por hora, un cambio que afectó a más de doscientos cincuenta mil empleados y decenas de miles de trabajadores temporales. El aumento se produjo después de la presentación por parte de Sanders de la *Stop Bad Employers by Zeroing Out Subsidies Act* [Ley para poner freno a los malos patronos denegándoles todo tipo de

¹ Ella Mahony y Dan La Botz, «Should DSA Endorse Bernie Sanders? A Debate», *New Politics*, 4 de marzo de 2019.

subsidios], más conocida como la *Stop Bezos Act*. Comenzó a afianzarse así un relato, desde la Fox y MSNBC hasta *The Nation* y *Jacobin*, según el cual Sanders le había ganado la batalla a Bezos. Como escribió Micah Uetrict en *Jacobin*: «El anuncio de hoy de Amazon muestra precisamente por qué las denuncias de los ricos, preferiblemente por su nombre, desde una gran plataforma pública nacional, por una figura pública, y concertadas con un movimiento de la clase obrera, son muy buena idea»

No podría estar más de acuerdo con la conveniencia de las denuncias de los ricos por parte de figuras públicas, ¿pero con qué movimiento de la clase trabajadora concierta Sanders sus iniciativas? Desde el aumento salarial, los empleados de Whole Foods, comprada por Amazon en 2017, han experimentado recortes de horarios generalizados que han reducido los turnos en muchas tiendas, lo que a menudo sustrae las ganancias salariales de los empleados. En Illinois las horas de los empleados a tiempo parcial se redujeron de un promedio de 30 a 21 horas a la semana, y las horas de los empleados a tiempo completo se redujeron de 37,5 a 34,5 horas. Un trabajador dijo: «Tenemos que trabajar más rápido para alcanzar los mismos objetivos en menos tiempo»². Sanders tuvo éxito en su presión sobre Amazon para que aumentara sus salarios, pero ahora que se están reduciendo las horas, ¿a qué poder institucional y redes de solidaridad pueden recurrir esos trabajadores para defenderse? Y lo que es más importante aún para el DSA, ¿qué energía y recursos organizativos hemos dedicado a construir esas redes? Una cosa es reconocer la necesidad de un movimiento de la clase trabajadora y otra muy distinta es hacer el trabajo requerido para construirlo. Organizar a tus compañeros de trabajo para abandonar el puesto de trabajo, arriesgando la pérdida del salario o algo peor, o convencer a tus vecinos para que no paguen el alquiler hasta que se realicen ciertas reparaciones, requiere un tipo de organización diferente a la de alentar a alguien a que marque una casilla. Las apuestas son más altas y los riesgos son más inmediatos.

Los tipos de acciones laborales en las que participa el DSA, como las huelgas de maestros, son el resultado de un proyecto desarrollado durante décadas para transformar los sindicatos de docentes, de apéndices burocráticos del Partido Demócrata de arriba hacia abajo, en organizaciones de trabajadores estructuradas de abajo hacia arriba. La convocatoria que respaldó esas huelgas —«Luchar por las escuelas que

² «Whole Foods Cuts Workers' Hours After Amazon Introduces Minimum Wage», *The Guardian*, 6 de marzo de 2019.

nuestros estudiantes merecen»— no surgió de la campaña de Sanders de 2016, sino de maestros, padres y estudiantes organizados en Chicago en 2011. Una gran parte de lo que hizo posible las recientes huelgas fue la insistencia de las bases en no desviar energías hacia el tipo de trabajo electoral al que el movimiento obrero ha sido históricamente relegado. Trataban de construir una forma diferente de poder, y lo mismo deberíamos hacer nosotros.

Si bien una pequeña cantidad de miembros del DSA son maestros ordinarios, una gran parte de nuestros miembros trabaja en lugares y sectores no sindicalizados. El DSA puede desempeñar un papel central en la organización de nuestros propios lugares de trabajo para desarrollar el poder de clase en el lugar de producción y reproducción. El esfuerzo de sindicalización en Anchor Steam Brewing en San Francisco es un excelente ejemplo de esto. Nuestra organización también puede alentar y respaldar a los miembros con empleos en sectores como el almacenamiento, la logística, los servicios, el trabajo autónomo y precario e incluso la tecnología, un ámbito extremadamente interesante en el que actualmente se está dando una enorme cantidad de organización. Los miembros del DSA en la Coalición de Trabajadores de la Tecnología han lanzado campañas exitosas contra los contratos de Google con el Departamento de Defensa y el Departamento de Seguridad Nacional, así como marchas contra el trato sexista a las mujeres.

En California, el trabajo en torno a la vivienda del DSA demuestra aún más la necesidad de ir más allá de una concepción electoral de la política de masas. Antes de las elecciones de noviembre de 2018, las agrupaciones del DSA en todo el estado participaron en una campaña masiva en torno a la Proposición 10, una iniciativa que ampliaría la protección de los alquileres para los inquilinos. Gran parte de ese trabajo se hizo en coalición con grupos como la Alliance of Californians for Community Empowerment (ACCE), que encabezaba la iniciativa. En la práctica, fueron cientos de miembros entusiastas del DSA los que fueron de puerta en puerta, alentando a los individuos dispersos a «Votar Sí a la 10». Si bien ese trabajo fue importante y permitió a los inquilinos compartir sus frustraciones con los miembros del DSA, no está claro si se construyó una red duradera. En Santa Cruz, nuestra agrupación realizó un trabajo similar en torno a una iniciativa local de control de alquileres, la Measure M. Cuando fracasó por un gran margen, nos dimos cuenta de que se había hecho muy poco para organizar a los inquilinos. Lo que quedaba era una lista de direcciones de correo electrónico anónimas,

que ahora se maldice cada vez que el Consejo Municipal habla sobre viviendas. Contrariamente a la creencia popular, el acceso a esos datos no ha dado como resultado el tipo de movilización necesaria para frustrar las aspiraciones de una clase de propietarios bien organizados. Planteo esta cuestión porque se ha argumentado –por parte del grupo de trabajo electoral de Nueva York del DSA, entre otros–, que debemos construir nuestras propias listas de correo electrónico y datos para evitar el problema histórico con este tipo de organización: que compilamos los datos pero al final es la oficina del candidato la que se queda con ellos. Pero crear una lista de correos electrónicos no se traduce fácilmente en construir el tipo de militancia, confianza y colectividad que se necesita para vencer a los caseros y a la policía.

En cambio, los miembros del DSA en East Bay que trabajan bajo la bandera de TANC –Tenants and Neighbourhood Councils– ofrecen un modelo diferente de organización de inquilinos en la línea de la campaña de la Proposición 10. La concepción de la lucha de inquilinos de TANC difiere de la de los miembros del DSA más orientados a las elecciones en las que se concibe el poder de los inquilinos como su capacidad en última instancia de demorar el pago del alquiler. Al igual que la capacidad de los trabajadores para suspender colectivamente su trabajo, los inquilinos pueden usar esta amenaza colectiva para obtener ventajas frente a sus caseros. El tipo de organización requerida para desarrollar esta capacidad puede prestarse fácilmente a la acción electoral cuando convenga, mientras que no es así en el caso inverso. En Oakland, TANC ha organizado con éxito cuarenta y un edificios pertenecientes a una única propietaria, presionándola para que cambie su trato de subarriendo, que obligaba a los nuevos inquilinos a pagar el triple del nivel medio de mercado. El Los Angeles Tenants' Union [Sindicato de Inquilinos de Los Ángeles] también ha utilizado la huelga de alquileres como arma contra los propietarios, con cierto éxito. La actividad del DSA debería basarse en ese tipo de esfuerzos organizativos, ya que preparan a la clase trabajadora para el tipo de acciones que se requerirán para construir el futuro socialista que deseamos.

¿Qué tipo de poder necesitamos construir para aumentar la capacidad de nuestra clase a fin de desafiar el dominio del capital allí donde vivimos, trabajamos y nos entretenemos? La actividad electoral no se traduce mecánicamente en los tipos de autoorganización necesarios para avanzar ni siquiera en un mínimo programa socialista. El *New Deal* no hubiera

sido posible sin las enormes oleadas de huelgas y las ocupaciones de fábricas que lo precedieron. ¿Qué organizaciones aplicarán ese tipo de presión para garantizar que se apruebe un *Green New Deal* verdaderamente radical? ¿Qué hará el DSA para evitar que resucite el tipo de política de listas de correos electrónicos que caracterizó el movimiento en contra de la guerra durante la era de Bush, para evitar que el DSA se convierta en un *move-on.org* para la generación Twitter? ¿Cómo podemos garantizar que nuestra actividad no solo acerque a la gente al DSA, sino que la involucre en un tipo de política que va más allá del simple voto? Este es el tipo de preguntas que deben guiar nuestra orientación estratégica para cualquier actividad que realicemos, sea la campaña de Sanders, la organización de los trabajadores, la organización de inquilinos, la organización antirracista o cualquier otro de los proyectos políticos en los que participan los miembros del DSA.

La Nueva Izquierda Estadounidense —3

El eslabón más débil

El sondeo del DSA sobre si apoyar o no a Sanders en 2020 ofrece un modo útil de cartografiar las diferentes corrientes políticas dentro de la organización. Revelación completa: voté «sí» al respaldo, pero tal vez sea un tipo de «sí» diferente al de otros miembros del DSA. De alguna manera, me acerca a los que votaron «no» como un voto de protesta. Me gustaría explorar algunos de los temas que un voto «no» trataba de plantear, y el comprensible escepticismo y las críticas que representaba, así como explicar por qué, sin embargo, he votado sí. En primer lugar, debemos ser realistas acerca de las diferencias clave entre una campaña de Sanders en 2020 y la campaña de 2016. El campo está mucho más abarrotado ahora. El Partido Demócrata está esforzándose por recuperarse y hay muchos candidatos progresistas. Podemos llamar «socialdemócratas de la lucha de clases» a Alexandria Ocasio-Cortez y Bernie Sanders, pero sabemos que si llega un momento clave en el que se imponga una ruptura con el Partido Demócrata, no estarán dispuestos a hacerlo.

En segundo lugar, resulta un tanto fantasiosa la idea de que una presidencia de Sanders sería similar a la dirección de Corbyn del Partido Laborista. Cuando hablamos de la posibilidad de que Corbyn llegue a ser primer ministro en el Reino Unido, es en el contexto de una militancia activa del partido detrás de él, así como del apoyo de los mayores sindicatos de trabajadores. Como han dicho los que votaban «no», aquí no cabe equiparar tal eventualidad a la presidencia de Sanders. En tercer lugar, las comparaciones generalizadas de la campaña de Sanders y el *Green New Deal* con Franklin Delano Roosevelt y el *New Deal* de la década de 1930 me parecen bastante ingenuas en lo que atañe a la

realidad de la presidencia de Roosevelt. Si bien el *New Deal* original fue probablemente el mejor Estado del bienestar social que hemos tenido en Estados Unidos, produjo un realineamiento del Partido Demócrata que tuvo resultados ambiguos para la clase trabajadora. Las huelgas y las ocupaciones militantes de fábricas se sofocaron una vez que se consolidó el CIO como central sindical rival de la AFL. En el campo del trabajo doméstico, la nueva coalición que surgió en torno a ese realineamiento demócrata tuvo un efecto catastrófico sobre las mujeres negras del Sur, que eran a un tiempo trabajadoras domésticas y agrícolas. Parte de esta historia se desvanece cuando hablamos de una presidencia de Sanders y un *Green New Deal*.

Finalmente, existe la idea de que trabajar en el ámbito electoral es equiparable de algún modo con el poder. Se oye esto una y otra vez en el discurso sobre la «socialdemocracia de la lucha de clases». Se trata de «dar poder» al movimiento de los trabajadores, como si unas elecciones equivalieran a la conciencia de clase. Un ejemplo extremo sería el reciente artículo de Meaghan Day en *Jacobin*, donde habla de todas las cosas que el presidente Sanders podría hacer sin apoyo en el Congreso, todas las reformas que podría aprobar desde el poder ejecutivo. Es una forma de pensar la política como una presidencia imperial, donde el poder popular se degrada en algo así como un mandato popular. ¿De dónde viene el gran poder «desde abajo», después de instalarse en la Casa Blanca? No puedo imaginármelo.

Dicho todo esto, veo una razón para votar «sí» al apoyo del DSA a una candidatura de Sanders, con la advertencia de que el terreno electoral es el punto débil del Estado. Eso también importa en términos del crecimiento del DSA. Algunos piensan que el aumento del número de miembros tuvo lugar debido a la campaña de Sanders en 2016. Personalmente no me uní al DSA durante las Primarias Demócratas, sino después de la elección de Trump. Lo hice porque la esfera electoral es el punto débil del Estado, pero la victoria de Trump ha envalentonado a sus elementos más duros y a sus partidarios: la policía, el ICE (Immigration and Customs Enforcement, Servicio de Inmigración y Control de Aduanas), los grupos de extrema derecha. Trump representa a la clase de los propietarios, que como vimos en la lucha por la Proposición 10, es una fuerza poderosa en Estados Unidos. Incluso si esta se hubiera aprobado, no íbamos a obtener una vivienda social integral.

Lo que hace que la campaña de Sanders sea estratégica es la forma en que su programa ha dado voz a temas importantes: Medicare para todos, educación superior pública gratuita y el *Green New Deal* para combatir la catástrofe medioambiental. Estas cuestiones no caen del cielo sino que se basan en movimientos sociales. La retórica de la campaña de Sanders en 2016 a menudo derivaba de Occupy Wall Street o de los movimientos estudiantiles. En la medida en que existe la posibilidad de aprobar un *Green New Deal*, este proviene de un movimiento ecosocialista efervescente que incluye a muchos *millennials*, que se esfuerzan por imaginar cómo sobrevivir al capitalismo, así como de grupos como los protectores del agua en Standing Rock. Así, pues, sí, vale la pena respaldar la campaña de Sanders, pero solo en la medida en que lo entendamos como un vehículo para continuar construyendo esos movimientos que requieren un trabajo lento y paciente y que superan con creces el ciclo electoral.

ARIELLE SALLAI

La Nueva Izquierda Estadounidense —4

Hacia un partido socialista

Mi trabajo en el DSA se ha centrado en las comunicaciones y los medios, pero también me preocupa la estructura interna de nuestra organización y hasta qué punto limita nuestra capacidad de crecimiento, más allá del último aumento de afiliación. Usaré el funcionamiento interno de mi agrupación en Los Ángeles como ejemplo principal, porque creo que es muy similar al de otras agrupaciones del DSA, aunque quizá la propia geografía de la ciudad nos haya obligado a afrontar las limitaciones de nuestra estructura antes que otras cuestiones. Al igual que la región en sí, la afiliación del DSA en Los Ángeles está creciendo, y se extiende desde Inglewood hasta Palmdale por todas partes. En un espacio tan enorme es difícil comprometerse con todos nuestros miembros por igual, aunque deberíamos aspirar a ello. Sin embargo, la mayor parte de nuestro trabajo se orienta en torno a un conjunto de comités que se reúnen en lugares bastante significativos, como Koreatown, cada dos semanas aproximadamente. Esos comités suelen basarse típicamente en cuestiones particulares. Se formaron en rápida sucesión después del gran aumento de afiliación tras la elección de Trump. No teníamos estatutos ni procedimientos oficiales: si querías organizar algo, simplemente podías empezar a hacerlo.

Debido a ese período privado de normas, tenemos una gran variedad de comités. Puede ser un poco abrumador para los nuevos miembros, pero también emocionante y estimulante ver la variedad de campos que cubrimos: vivienda y personas sin hogar, política electoral, abolición de las cárceles, atención médica, trabajo, justicia climática, educación política, ayuda mutua, justicia para los inmigrantes, afiliación, agitación

y propaganda, e incluso un grupo de trabajo para detener los Juegos Olímpicos de 2028. Si alguien desea organizar algo más fuera de un comité, también es bastante fácil de hacer; bastan veinticinco miembros para presentar una propuesta al Comité Directivo. Si es acorde con los valores del DSA y sólo requiere recursos limitados, pueden aprobarlo. Si el Comité Directivo no lo aprueba, con la firma de otros veinticinco miembros se puede llevar a una votación de toda la agrupación. Eso significa que es bastante fácil trabajar en prácticamente cualquier cosa que se desee en el DSA de Los Ángeles y unirse a una gran cantidad de proyectos y comités que esencialmente compiten entre sí por los recursos.

Esto puede ser problemático por varias razones. Para ser una organización eficaz, nuestros comités deben trabajar juntos hacia una visión compartida de un Los Ángeles mejor, y no competir entre sí por los miembros y los recursos. Debemos aspirar a ser más estratégicos, pero también profundamente participativos, y una estructura de arriba hacia abajo no es la respuesta. El sistema de comités también tiene una tendencia a crear activistas, no organizadores. Una pregunta frecuente para romper el hielo en las reuniones de una agrupación suele ser: «¿En qué comité estás?», esto es, esencialmente: «¿Cuál es tu proyecto preferido?»; pero nuestro proyecto preferido debe ser el socialismo. La organización en torno a la justicia en la cuestión de la vivienda o el trabajo son solo tácticas o puntos de presión para construir el poder de la clase trabajadora que nos lleve allí. Pero también, y eso es lo decisivo, esa estructura interna es inaccesible para la mayoría de las personas de la clase trabajadora, y da lugar al reclutamiento de cada vez más miembros del mismo tipo: personas que nos encuentran online, a las que apasiona determinada cuestión, y disponibles para asistir a reuniones inacabables de planificación, lejos del lugar donde viven o trabajan. Es más probable que esos miembros sean *millennials* con estatus a la baja procedentes de la clase media, blancos y varones.

Para cambiar esto necesitamos una verdadera estrategia de construcción de militancia y encontrar a la gente en el lugar donde se encuentra. Tenemos que organizarnos a escala de barrio y pedir allí a la gente que se nos una. Si esperamos contar con millones de miembros, no podemos confiar en estrategias de reclutamiento pasivo, y no se puede canalizar a la gente simplemente a comités de tema único. No es que debamos eliminar por completo ese tipo de comités, sino que debemos reconocerlos como lugares en los que deliberar y refinar nuestras posiciones políticas,

no como el lugar predominante para el trabajo del DSA. Al mismo tiempo debemos tener cuidado para no establecer una falsa dicotomía que convierta al barrio en el lugar donde se implementan las decisiones y no donde estas se toman. El barrio debe ser otro lugar en el que articulemos nuestras demandas.

En el DSA-Los Ángeles nos estamos acercando a ese modelo. En nuestra última convención anual, aprobamos una resolución para construir filiales, y ahora tenemos tres: Central LA, Westside y el Valle de San Fernando. Nuestras asambleas generales ahora se llevan a cabo simultáneamente en esas filiales, con lo que los miembros no tienen que atravesar toda la ciudad para asistir a ellas. Hemos nombrado a los dirigentes de las filiales y están comenzando a discutir cómo pueden delinear su trabajo nuestros comités. La sucursal de Westside, por ejemplo, se conectó recientemente con la local de Westside de la Unión de Inquilinos, a través de nuestro comité de vivienda y personas sin hogar, para apoyar la acción directa contra un propietario que está tratando de desalojar a un inquilino de larga duración en Venice. También organizamos reuniones informales en los barrios: eventos sociales y de reclutamiento de bajo perfil en los barrios de todo el condado, incluidos lugares como Santa Clarita, Palmdale, South Los Ángeles y Pasadena, que se encuentran fuera de nuestros núcleos de militancia principales. Con la Proposición 10 para expandir el control de los alquileres en California el año pasado, llevamos a cabo campañas en todo el condado, reflejando las ubicaciones donde tenemos reuniones y una alta concentración de miembros. Eso suponía mucho más trabajo que montar una o dos grandes campañas cada dos semanas, pero así desarrollamos más capacidad, facilitando la organización y la relación de los miembros con sus vecinos.

Todavía estamos muy lejos de un modelo totalmente basado en los barrios, pero queremos asegurarnos de que estamos haciendo los cambios adecuados, con la participación de gente de toda la agrupación. En mi opinión, el DSA debería aspirar a ser una organización más sólida que grupos de personas que ya se sienten llamadas al activismo. Debemos ser una organización de la clase obrera. Desgraciadamente, no todos piensan así. En última instancia, todos nuestros debates acaban refiriéndose a la cuestión de si se cree que el propio grupo puede organizar a la clase obrera hacia la revolución, o si es solo una entidad coyuntural de construcción de movimientos. Creo que el DSA puede y debe ser una organización revolucionaria, pero para ello debemos abordar nuestra

estructura interna y comprometernos con el proceso de construcción de las bases, lo que en definitiva significa tanto política como estructura. Si seguimos orientando nuestro trabajo exclusivamente hacia el ámbito electoral y legislativo, no estaremos construyendo la base que necesitamos para ganar, pero también corremos el riesgo de ser irrelevantes si *no* participamos en la mayor plataforma para nuestro movimiento, la campaña de Sanders 2020. Seríamos estúpidos si ignorásemos todo el bombo publicitario que ofrece. Los medios de comunicación ya están pidiendo al DSA su opinión sobre las elecciones.

Así, pues, el DSA debe apoyar decididamente a Sanders, pero también aprovechar la campaña para fomentar una organización más basada en los barrios. Así es como abordamos nuestro trabajo sobre la Proposición 10, que tuvo bastante éxito. Pero en un informe reciente de Metro DC sobre la campaña del DSA de organización de los inquilinos contra los desahucios, «Stomp Out Slumlords», percibí un sentimiento que he visto repetidamente por ahí. Un extracto de su declaración aborda sus propios datos demográficos en relación con los inquilinos que se organizan en los edificios del barrio:

Nunca hemos puesto mucho interés en reclutar inquilinos para el DSA. No intentamos ocultar nuestra política ni rehuimos las conversaciones generales, pero estratégicamente pensamos que los inquilinos podrían hacer mucho más organizándose en sus edificios que asistiendo a reuniones generales en el otro extremo de la ciudad. Esta actitud se ha visto reforzada por nuestra experiencia. Hemos tenido éxito cuando hemos ayudado a los inquilinos a construir sus propias organizaciones en sus edificios y hemos fracasado miserablemente cuando hemos intentado que vengan a las reuniones del DSA. Desde un punto de vista teórico, aumentar la afiliación al DSA no es una prioridad tan alta como aumentar nuestra capacidad para ayudar a la organización y la lucha de la clase trabajadora.

Más adelante continúa:

Nuestra principal contribución ha sido lo que podríamos llamar la capacidad organizativa, hacer cosas como ayudar a escribir programas, asegurarnos de que la gente se registra en las reuniones, mantener listas de contactos, imprimir folletos y recordar a la gente que haga lo que se ha comprometido a hacer. Dado que tenemos cierta experiencia en cuestiones de organización, podemos hacer algunas sugerencias acerca de la estrategia, podemos proponer tácticas innovadoras y aportar recursos externos. Presentamos alternativas entre las que los inquilinos y las inquilinas eligen; ellos aportan el conocimiento local, quejas que pueden convertirse en reivindicaciones, redes de amigos y familiares que pueden movilizar y la voluntad de luchar.

La campaña «Stomp Out Slumlords» es impresionante, pero no estoy de acuerdo con la forma en que los autores del informe hablan de ellos mismos como distintos de los inquilinos que están organizando, como si las asociaciones de inquilinos que están construyendo estuvieran completamente separadas de la propia agrupación del DSA. No estoy segura de que todos los que trabajan en esa campaña piensen de la misma manera, pero esas declaraciones sugieren que no creen que el DSA pueda convertirse en una organización más representativa de la clase trabajadora. En última instancia el grupo sirve más bien como vivero de activistas que pueden ayudar a construir el poder de la clase trabajadora en otros lugares.

Dada la inaccesibilidad de nuestras reuniones generales y la estructura de los comités, está claro que han tenido problemas para que los inquilinos asistan a las reuniones del DSA; pero eso no significa que deban descartarlo por completo. Es decepcionante ver a tantos miembros del DSA renuentes a pedirle a otras personas que se unan a nosotros, como si vieran sus propias vidas y luchas como algo menos ligado a la «clase obrera». Me gustaría que el DSA adoptara como prioridad nacional la organización de inquilinos, donde «inquilino» significa cualquier persona que no sea propietaria de su vivienda, incluidos todos los que no la tienen, de modo que si un pueblo o ciudad no tiene una asociación de inquilinos, el DSA puede ser la organización que la inicie como parte explícita de la agrupación; las cuotas a la asociación de inquilinos serían solo cuotas al DSA. Debemos esforzarnos en ese tipo de construcción consciente de militancia para crecer verdaderamente y hacerlo a escala estratégica en los barrios.

Hay muchas otras cosas en el informe de Metro DC con las que estoy muy de acuerdo, en particular con la idea de que el DSA no puede tener éxito en el reclutamiento de gente a partir de demandas prefabricadas y de que debemos trabajar juntos para formular nuestras demandas desde abajo hacia arriba. Tendremos mucho más éxito en ganar inquilinos a partir de sus luchas actuales que en convencerlos para unirse a un movimiento predefinido para obtener algo como la vivienda social, por mucho que lo deseemos. Tampoco es una cuestión de varita mágica. Reclutar lleva mucho esfuerzo y tiempo. Lo vimos con nuestra campaña sobre la Proposición 10, que esperábamos que fuera una auténtica oportunidad para el reclutamiento. Pero la gente no se nos unirá la primera vez que hablemos con ellos, ni la segunda; hay que hacerlo tres, cuatro, muchas veces. Pero diría que el trabajo del DSA-LA en torno a la Proposición 10

contribuyó a una gran oleada de éxitos en lo que se refiere a la cuestión de la vivienda, en términos de poner límites a los alquileres y de su control en todo el país. Así que sirvió para construir el movimiento, aunque no reclutáramos a miles de inquilinos durante la campaña.

Cambiando de tema: también debemos prestar atención a la presentación que se hace del DSA en los medios y cómo podemos aprovechar la atención que se nos presta actualmente para intervenir en el debate político en este país. Ahí es donde entra realmente en juego la política electoral, simplemente como una herramienta para difundir nuestro mensaje. Pero también está claro el poco control que tenemos sobre la forma en que los medios de comunicación presentan al DSA, no solo por la escasa rendición de cuentas y el poco control que tenemos sobre nuestros representantes electos, como Alexandria Ocasio-Cortez, sino por lo mal preparados que están los miembros del DSA para hablar en nombre de la organización.

Recientemente, un artículo de portada para la revista *The New York Magazine* recibió mucha atención porque presentaba al DSA de una manera muy poco seria. El titular era: «Pinkos Have More Fun: Socialism is AOC's calling card, Trump's latest rhetorical bludgeon, and a new way to date in Brooklyn» [Los izquierdistas se divierten más: el socialismo es la tarjeta de visita de Alexandria Ocasio-Cortez, el último ataque retórico de Trump y una nueva forma de ligar en Brooklyn]. No hay nada malo en mostrar que somos jóvenes que nos divertimos, pero nuestros mensajes deben centrarse en nuestras luchas compartidas. Nuestros miembros – hasta los *millennials* cuyo estatus declina–, se sintieron atraídos por el DSA porque la economía no les está tratando bien. La clase obrera no es algo externo a nosotros; no nos beneficia ignorar nuestras propias dificultades, ya sea en el lugar de trabajo, en nuestros edificios de apartamentos o con nuestros préstamos estudiantiles. Podemos reconocer dónde disfrutamos de privilegios sin olvidar por qué nos organizamos. Para construir un verdadero movimiento de la clase trabajadora, tenemos que encontrar las áreas donde podemos salvar las diferencias y esclarecerlas, porque la derecha está haciendo lo contrario: explota el temor de la gente a la diferencia para justificar la austeridad y la exclusión.

Unirme al DSA fue para mí una experiencia transformadora. Nunca antes había sido una activista. Era más o menos una socialista de sillón, aunque no había leído prácticamente nada sobre tácticas o teoría. Solo era

una trabajadora desencantada, enfurecida por la gentrificación de mi barrio; me consideraba de izquierda liberal, leí un poco de marxismo en la universidad y estuve en Occupy, pero nunca me imaginé que me convertiría en una radical activa. Si el DSA se convertirá o no en una fuerza revolucionaria en la política estadounidense sigue siendo una cuestión abierta, pero está claro que ha tenido un impacto revolucionario en la vida de sus miembros activos. Eso debería estar en el centro de todo lo que hacemos y decimos sobre nuestra organización.

RENÉ CHRISTIAN MOYA

La Nueva Izquierda Estadounidense —5

Riesgos de ser cooptados

Además de ser miembro de la agrupación del DSA de Los Ángeles, también soy organizador voluntario de la Unión de Inquilinos de Los Ángeles y miembro de la Escuela de Ecos, un colectivo autónomo de organizadores que reflexiona sobre las condiciones de la clase obrera y las comunidades más pobres. Menciono esas otras organizaciones, no como una curiosidad biográfica, sino porque mi visión política en los últimos dos años se ha ido ampliando cada vez más por mi trabajo fuera del DSA, ayudando a construir un movimiento de masas entre los inquilinos. Si hay un tufillo a forastero en mi análisis y crítica, se deberá en gran parte a mi trayectoria personal fuera del espacio del DSA, aunque a menudo ha sido paralela a los cambios dentro de la organización.

Empezaré señalando lo que no es el DSA. Todavía no es una organización de masas en ningún sentido significativo. El número de sus miembros, aunque haya experimentado un crecimiento impresionante, aún es pequeño: alrededor de sesenta mil inscritos en un país de 326 millones de habitantes. Aunque es un poco mayor que el Momentum británico, se mueve en un país cinco veces mayor que el Reino Unido, y en el que no existe un partido obrero de masas. Los miembros del DSA también son más blancos, más de clase media que la media de la población, y la mayoría son varones. Ha habido un elemento de autoselección en el crecimiento de la organización en los últimos tres años, que es una prueba de una crisis profunda, aunque todavía subestimada, de la política estadounidense, que viene desarrollándose desde hace al menos dos décadas. El DSA tampoco es un partido y está muy lejos de serlo. No puede y no presenta candidatos con su propio programa.

Entonces, ¿qué es el DSA? Hablando en términos prácticos, es una red de agrupaciones bastante autónomas que se extienden por gran parte de Estados Unidos, con estructuras de dirección y prioridades muy diferentes, unidas por un comité de coordinación nacional, el NPC, y administrada por un personal reducido. La relación de una agrupación con los movimientos existentes en una comunidad dada depende en gran medida de la naturaleza de las relaciones preexistentes entre los activistas de la agrupación. Pese a todos los *Sturm und Drang* en Internet sobre los dramas internos de la organización, sería difícil encontrar mucho faccionalismo significativo entre las bases, al menos en la agrupación actual en Los Ángeles. No es que el DSA no tenga deficiencias ideológicas, sino que las discrepancias abiertas que existen tienden a centrarse en cuestiones estructurales: democracia interna y toma de decisiones; jerarquía, disciplina y liderazgo; procedimiento y flexibilidad, o falta de ellos; «horizontalismo» frente a centralización. La plasticidad actual de la organización es de hecho, en gran medida, el subproducto de un accidente histórico —el renacimiento del DSA después de las elecciones de 2016— y no de una cuestión de principio político.

Sin embargo, tales asuntos organizativos no pueden separarse de las cuestiones políticas. Como lugar de reunión de los frustrados ante el colapso de las certezas liberales, el carácter político del DSA está lejos de resolverse. ¿Cuáles son, entonces, las cuestiones políticas centrales que afronta el grupo hoy? ¿Qué significa ser miembro del DSA? ¿Sus estructuras y su cultura política están destinadas a prefigurar su futuro papel, o son meramente instrumentales? ¿Estamos comprometidos con la vía parlamentaria hacia el socialismo democrático y dispuestos a pasar por las instituciones, o comprometidos con una flexibilidad estratégica dependiente de las condiciones cambiantes? La cuestión primordial a la que se enfrenta el DSA no es la de su relación con el Partido Demócrata —y no es que ésta se haya resuelto—, sino la cuestión más particular más apremiante en estos momentos de cómo se relaciona la organización con la candidatura presidencial de Sanders.

Mis preocupaciones sobre el respaldo tienen que ver con los recursos limitados del DSA y con la eventual eficacia de dedicar demasiados a una campaña independiente, cuando habrá una campaña bien financiada al margen del DSA, que contará con su propio voluntariado entusiasta sobre el terreno. Me temo que habrá llamamientos en algunos sectores para dejar a un lado el difícil e importante trabajo de la organización local

en profundidad, en favor de una estrategia de campaña efímera. También soy escéptico acerca de la capacidad de una campaña electoral para cohesionar una base de masas bajo el emblema del DSA que se mantenga una vez que haya pasado el día de las elecciones.

Me temo que eso sucederá si pierde Sanders —aunque eso supondría un dilema para el DSA lo respaldemos o no—, pero también si gana. Soy cautelosamente optimista acerca de las posibilidades de ganar de Sanders, pero este optimismo tiñe mi escepticismo sobre las posibilidades del DSA de sobrevivir a su presidencia. ¿Qué sucederá cuando Sanders se enfrente inevitablemente a una reacción violenta del capital organizado y la derecha política contra sus ideas y planes más controvertidos? Si no retrocede, ¿estará el Partido Demócrata a su lado en defensa de su programa? Y si Sanders retrocede, ¿cómo le pedirá cuentas el DSA de ello y, más en general, al Partido Demócrata?

Y lo que es más importante, ¿qué pretende lograr el DSA mediante la presidencia de Sanders? Los miembros del DSA que presionan con más fuerza por su candidatura parecen creer que puede ser un catalizador para una explosión sin precedentes de conciencia política. No dudo de que tenga el potencial de canalizar a una generación de jóvenes activistas hacia políticas socialdemócratas, pero sí sobre cómo pretende el DSA anclar a los nuevos afiliados, de modo que buena parte de ellos no se hayan desvanecido al cabo de un año de la elección. Finalmente, ¿en qué punto está el DSA dispuesto a romper con Sanders? Esta es una pregunta urgente. ¿Cómo podemos evitar los inconvenientes de anteriores experimentos socialdemócratas en un terreno mucho menos propicio al que han afrontado los socialistas en Europa y América Latina? ¿Estará el DSA dispuesto a comprometerse con él en el poder de modo más crítico a cómo lo hicieron los movimientos en el extranjero en sus momentos más propicios?

En última instancia, el futuro del grupo no se basa en la incorporación de miembros pasajeros vinculados a algún candidato, ni en el electoralismo de base, aunque es necesario competir en el ámbito electoral. El destino de esta organización depende en realidad de si está dispuesta o no a luchar junto a la clase trabajadora allí donde se encuentra y a hacerlo con la intención de construir raíces a largo plazo en esas comunidades. Las perspectivas de los trabajadores organizados son vitales para nuestras posibilidades de construir una hegemonía en torno a las reivindicaciones

socialistas. Es tarea de la izquierda organizada, en el DSA y más allá, trabajar en la construcción de núcleos de poder independientes del sistema político y de la infraestructura progresista existente, incluidos los sindicatos. Solo podemos hacerlo mediante un compromiso directo y deliberado con los trabajadores y las luchas de la comunidad. Ese es un trabajo arduo y lento. ¿A qué se asemeja? La mayor parte de mi trabajo político se centra en la vivienda y la gentrificación, en la ciudad como lugar para la extracción de valor, porque aquí es donde existe hoy el capital en el mundo desarrollado y donde la clase trabajadora se enfrenta más visceralmente al capital, fuera del propio lugar de trabajo. Uno de los acontecimientos más emocionantes de los últimos años ha sido el lento surgimiento de los trabajadores como agentes en esas luchas comunitarias. Hasta la reciente huelga de docentes de UTLA y los esfuerzos continuos de Unite Here para obtener el apoyo de la comunidad para sus campañas, son recordatorios de que los mismos jefes contra los que luchamos en el trabajo son también los propietarios de nuestros hogares.

Necesitamos sindicatos en nuestro lugar de trabajo, pero los necesitamos también cada vez más en nuestros hogares y en nuestros barrios. Este es un trabajo en el que muchas agrupaciones del DSA pueden involucrarse en este momento en todo el país y algunas lo han hecho ya. Ayudará a desarrollar las habilidades, la infraestructura y la capacidad necesarias para la salud a largo plazo de nuestro movimiento. Si el DSA debe gastar una gran cantidad de tiempo y energía en la elección de Sanders, entonces debe hacerlo manteniéndose unido a las demandas programáticas, incluso a las transitorias, con las que puede medirse nuestra relación con Sanders. Ya sea por el derecho humano a la vivienda o por una ecologización general de la economía, debemos construir y fomentar movimientos que sobrevivan cuando inevitablemente llegemos al límite de lo que soportará el sistema político.

NEW LEFT REVIEW 116/117

SEGUNDA ÉPOCA

MAYO - AGOSTO 2019

ARTÍCULOS

MATTEO PUCCIARELLI	Salvini en alza	11
EVGENY MOROZOV	¿Socialismo digital?	35
JÓVENES PIONEROS	Manifiesto del 4 de mayo	75
STATHIS KOUVELAKIS	La insurgencia francesa	81
CHRISTINE BUCHHOLZ	Alemania redividida	91
SIMPOSIO DEL DSA	La nueva izquierda estadounidense	125
EMMA FAJGENBAUM	El cine como desasosiego	151
JOSEPH NORTH	Respuesta a Mulhern	177
MARY MELLOR	Una propuesta ecofeminista	207

CRÍTICA

CÉDRIC DURAND	La sala de mando de la crisis	221
MICHAEL RUSTIN	Brexitannia	235
JAN BREMAN	La sombra del desarrollo	246
GREY ANDERSON	El general	253

WWW.NEWLEFTREVIEW.ES

© New Left Review Ltd., 2000

Licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

INSTITUTO
25M
DEMOCRACIA

ts
d traficantes de sueños

[SUSCRÍBETE](#)